

Carmen Bernand es antropóloga e historiadora, actualmente profesora emérita de la Universidad de París X (Nanterre) y miembro del Institut Universitaire de France. Ha escrito varios libros en francés y en español sobre el campesinado andino, el mestizaje y la esclavitud urbana en América Latina.

# Actualidad del Inca Garcilaso

CARMEN BERNAND

## Palabras clave:

- Mestizo
- Criollo
- Panindianismo
- América del Norte
- Neoindianidad
- Wilderness
- Perspectiva incásica

El mestizaje como proceso y la figura de su más alto representante, el Inca Garcilaso de la Vega, están hoy desvalorizados por la corriente indigenista (y esencialista) radical, seguida por actores políticos y también por académicos occidentales. Este texto propone rescatar la figura del Inca Garcilaso y mostrar la importancia literaria y política de su libro *La Florida*, insistiendo en la perspectiva descentrada “americanista” del autor, que prefigura la de Edward Said en su crítica del orientalismo en relación con el colonialismo.

*The mestizaje (mixing-races process), which was held as the solution of the many social problems of Latin America, is now criticised and underrated by a radical indigenous current, in search of a new revolutionary (and essentialist) language, and supported both by politicians and academic scholars. This paper focuses on the emblematic figure of the Inca Garcilaso and proposes a critical reflection of La Florida, underlining the “americanist” vision of Garcilaso, which announces that of Edward Said on orientalism and americanism.*

“D

etestos al Inca Garcilaso”, exclama, rotundo, Lucho Nieto, entrevistado el 21 de febrero de 2007 por el periódico limeño *La República*, con motivo de la reciente salida de su novela *Asesinato en la Gran Ciudad del Cuzco*.<sup>1</sup>

Garcilaso, declara el escritor, ha sido manipulado por el Perú criollo “como emblema de un mestizaje que sólo existe en el discurso y que se utiliza para acallar los conflictos sociales”. También han colaborado en ello los intelectuales cuzqueños “para mistificar el pasado incaico del Cuzco”, olvidándose de los miles de años de historia del Perú que trascienden las fronteras y el horizonte temporal de la capital del Incanato.

El desencanto del mestizaje armonioso es un sentimiento comprensible, ya que la mezcla racial, que no puede ponerse en duda, no logró cubrir la brecha social que sigue separando hasta hoy a los indígenas campesinos de los cholos urbanos y a éstos de las élites limeñas, que se jactan de su estirpe hispánica. Ya lo decía el poeta Manuel Scorza: “Yo apenas recuerdo un país tan pobre, / Que ni en el ocaso da sombra” (“Patria pobre”), buscando en vano una respuesta a su pregunta lancinante: “¿Fuiste torrente para ser pantano?” (Gorrión dulcísimo).<sup>2</sup>

Ya sabemos que la desilusión es siempre el reverso de toda esperanza utópica. Sin embargo, a pesar de los golpes sufridos, esa esperanza no ha escarmentado, puesto que la ola neoincásica, analizada con mucha agudeza por Marisol de la Cadena y por Jacques Galinier y Antoinette Molinié, inunda con su verborrea y arcaísmos todas las instituciones culturales cuzqueñas.<sup>3</sup> El ubicuo Inca Garcilaso, después de haber sido sucesivamente libertador, socialista, comunista y mestizo ejemplar, sirve aún de referencia a los “neo-indios”

del Cuzco en su afán de reconstruir los ritos perdidos de una civilización arcaica, para regocijo de sus compatriotas y de los turistas. Mistificación del pasado, sin lugar a dudas, no sólo por la “reconstrucción” idealizada de una sociedad teocrática y militarista, sino también por la negación del mestizaje que la “neoindianidad” conlleva. Una utopía arcaica, en definitiva, a pesar de cierto toque postmoderno y *new age* dado por las élites intelectuales cuzqueñas y el público variopinto que asiste a las ceremonias.

Todo ha sido dicho sobre el Inca Garcilaso o casi todo, y sin embargo lleva más de cuatro siglos ocupando la primera plana, honor que no alcanzó ninguno de los cronistas americanos, ni mucho menos el farragoso Guaman Poma de Ayala, que Luis Nieto me perdona. Claro está que yo no lo he “sufrido” como él, que estuvo obligado a remachar la historia oficial del Perú y la de su “patria chica”, el Cuzco, aunque comparto su detestación por la retórica patrioterica y la ejemplaridad de los próceres y figuras emblemáticas, que me cupieron en suerte en la escuela argentina.

Por lo general, Garcilaso de la Vega, hijo de una princesa inca y de un conquistador, nacido en el Cuzco en 1539, ha sido visto a lo largo de los siglos con simpatía, con alguna que otra excepción, siendo la más notable la de Cornelius de Pauw, ensayista de la Ilustración y antiamericanista rabioso, que atribuye el “escaso talento” del ilustre peruano a la sangre española que corre por sus venas y precisa que sus *Comentarios* son tan pesados, tan lamentables y tan mal argumentados, que sus traductores franceses no lograron ordenar el texto y en la edición francesa de 1744 no conservaron una sola frase del original.<sup>4</sup> Las opiniones racistas de de Pauw, un holandés al servicio de la corte de Prusia, son bien conocidas. En su intento de demostrar la inferioridad física e intelectual de los salvajes americanos, necesitaba desprestigiar a los cronistas de los “imperios”,

<sup>1</sup> LUIS NIETO DEGREGORI, *Asesinato en la Gran Ciudad del Cuzco*, Grupo Editorial Norma, Lima, 2007.

<sup>2</sup> MANUEL SCORZA, *Las imprecaciones*, Lima, Colección Centauro, 1960.

<sup>3</sup> MARISOL DE LA CADENA, *Indigenous mestizos. The politics of race and culture in Cuzco, Peru (1919-1991)*, Duke UP, Durham, 2000; JACQUES GALINIER et ANTOINETTE MOLINIÉ, *Les Néo-Indiens. Une religion du IIIe millénaire*, Odile Jacob, Paris, 2006.

<sup>4</sup> CORNELIUS DE PAUW, *Recherches philosophiques sur les Américains*, Dekta, Berlin, 1768, vol. 2, pp. 154-155: “Garcilaso de la Vega, qu'on prend ordinairement pour un Américain, n'était qu'un métis... il a produit un ouvrage si indigeste, si pitoyable, si foncièrement mal raisonné, que trois auteurs français qui ont tenté de le rédiger et de le mettre en ordre, n'ont pu y réussir. Dans la dernière *Histoire des Incas* qui a paru à Paris en 1744 et qu'on attribue à Garcilaso, on n'a pas conservé une phrase de l'original”.

tachándolos de fantasiosos y de exagerados. El Inca Garcilaso recibió en aquella ocasión unos palos póstumos innmerecidos. De Pauw fue prácticamente el único que repudió la obra y el autor, hasta las postrimerías del siglo XX y el auge de las críticas al mestizaje.<sup>5</sup>

Que les guste o no a los detractores de Garcilaso, lo cierto es que el imperio incaico, sus reyes, sus leyes y su organización, descritos en sus *Comentarios reales* — sean o no ficciones, idealizaciones o exageraciones —, contienen una serie de rasgos que, parafraseando a Claude Lévi-Strauss en su ensayo sobre el totemismo, los vuelven *bons à penser* (estimulantes para pensar) las utopías políticas, la economía, el multiculturalismo, los mestizajes diversos, el universalismo. De ahí que, a lo largo de los siglos, ensayistas y políticos se hayan inspirado en los escritos del mestizo, no para volcarse hacia un pasado definitivamente cancelado, sino para entender el presente y el futuro. Mi intención es más modesta. Sin retomar aquí el análisis sobre la influencia de Platón, de León Hebreo y el judaísmo bíblico en la obra del cronista peruano,<sup>6</sup> me detendré en una obra menos citada, la *Florida del Inca*, para insistir en su interés actual, desde el doble punto de vista literario y político. ¡Tarea difícil en esta época “presentista” y tan poco receptiva a los autores del pasado!

Publicada en Lisboa en 1606, la *Florida del Inca*, contrariamente a lo que dicen varios artículos académicos, no es una novela de caballería cuya acción transcurre en América, aunque la épica ocupe un lugar destacado, sino el relato, fascinante, de un fracaso. El texto se basa en la historia de la conquista de la Florida por Hernando de Soto, entre 1539 y 1543, a partir de la narración oral que le hiciera un conquistador viejo y enfermo, Gonzalo Silvestre, que participó en la campaña, después de haber pasado varios años en el Perú. Podemos fácilmente imaginar las tertulias cordobesas de estos dos hombres de distinta generación, carcomidos por la nostalgia, el uno hablando y el otro apuntando y puliendo las anécdotas de su achacoso interlocutor. La edad avanzada del amigo le decide a escribir esa historia, “cresciéndome con el tiempo el desseo, y por otra parte el temor, que si alguno de los dos faltava perescía nuestro intento, porque, muerto yo, no avía él de tener quién le incitasse y sirviessse de escriviente, y, faltándome él, no sabía yo de quién podría aver la relación que él podía darme”.<sup>7</sup> El guerrero y el escritor, mancomunados en esa tarea, encarnan la ambigüedad de las armas y de las letras, puesto que “también se duda cuál destas dos partes de varones famosos debemos a la otra, si los guerradores a los escritores porque escribieron sus hazañas y las eternizaron para siempre, o si los de las letras a los de las armas, porque les dieron tan grandes hechos como los que cada día hacía, para que tuvieran qué escribir toda su vida” (*Florida*, VII, 8).

Ya sabemos que un hecho no divulgado no existe, y la agudeza del autor recuerda la de Cervantes, su contemporáneo. Garcilaso no sólo redacta, en un castellano digno de los escritores más importantes de su época, las historias de su amigo, sino que, a pesar de no haber estado jamás en América del Norte, se siente legitimado en esa tarea por el hecho de ser “americano” y haber mamado en la leche la singularidad del Nuevo Mundo. Nadie mejor que él, “indio” y “criollo”, puede verter en palabras la verdad de aquella expedición. Por “naturaleza”, la suya es una voz autorizada, como lo son esas “other voices” que los historiadores

estadounidenses han sacado a la luz para evitar el discurso sobre el “otro” de la ideología dominante. Doblemente autorizada, puede decirse, porque su condición mestiza le permite comprender dos realidades en sus relaciones recíprocas. Mas aún, la fama personal que puede alcanzar en su empresa de escritor redundante en favor de los suyos, indios, criollos y mestizos, considerados por la Compañía de Jesús indignos de transmitir la verdad evangélica. Escribir, como lo repite en todos sus proemios, es demostrar la vanidad de las críticas españolas hacia los hombres del Nuevo Mundo. Garcilaso se presenta como el portavoz de los que no pueden hablar.

La *Florida* es un libro controvertido, considerado una obra de ficción más que una crónica histórica rigurosa, a pesar de la opinión del mismo autor, que clama por la veracidad del texto. Mientras que los cronistas portugueses “serios” que participaron en la expedición floridiana se limitan en contar escuetamente la avanzada de los conquistadores, las emboscadas que les tienden las tribus indígenas, las múltiples refriegas y la muerte del adelantado a orillas del Misisipi, Garcilaso conduce al lector a lo largo de un itinerario trágico, desde el desembarco en Tampa hasta el desenlace final, manteniendo a lo largo de toda la relación una expectativa y un interés que el tiempo no ha limado. Las tropas de Soto penetran tierra adentro por los Apalaches hasta Arkansas, pero lo que Soto y sus capitanes consideran una “progresión” se transforma rápidamente en un descenso aterrador, porque en aquel espacio inestable, en aquellos “montes cerrados” salpicados de ciénagas y atravesados por ríos inmensos, es muy fácil desorientarse, y al perder el rumbo los hombres pierden también las últimas marcas morales que les quedan. Los miembros descuartizados de los españoles apresados o muertos cuelgan de los árboles. Acechantes, los indios, invisibles por lo general, se esmeran en extraviarlos, sabiendo que el invierno que se acerca acabará con las ínfulas de los soldados. A la altura de lo que será mucho más tarde Little Rock, el frío diezma la tropa y Soto muere de fiebres. Sus hombres lo entierran a media noche, furtivamente, temiendo que los indios se enteren y profanen su sepultura. Pero el secreto se difunde y entonces los conquistadores desentierran al adelantado, cortan un árbol, lo ahuecan, colocan en esa barca el cadáver y la arrojan al río. Es el comienzo del fin.

Garcilaso es probablemente el único cronista de la época que describe, de manera tan sugerente, el naufragio de un proyecto, causado por el acoso de los indios, “que no quieren ser esclavos de los cristianos”, pero también por la naturaleza indómita que los rodea. Las sierras nevadas de los Andes o las orillas del Marañón, descritas en otros textos, difieren de los montes y ríos europeos por su magnitud. En cambio la *wilderness* de América del Norte, aparentemente anodina, se revela inquietante, *unheimlich*, hasta convertirse en “sepulcro de los españoles”. Es un laberinto sin “realismo mágico”. La *Florida* es también uno de los raros textos, quizás el único, producido por el descenramiento del narrador. La expedición de Soto está contada por un nativo del Nuevo Mundo que utiliza conceptos y expresiones propios de su tierra de origen, el Perú, para elaborar la versión “acertada” de los hechos. De ahí que insista en su perspectiva personal, la de un “indio peruano”, para traducir la realidad compleja de esa comarca. Las diversas tribus, Creek, Cherokees,

<sup>5</sup> Como en México, donde la doctrina oficial que ensalzaba el mestizaje, sufrió a partir de la década de 1990 una revisión radical.

<sup>6</sup> CARMEN BERNAND, *L'Inca platonicien: Garcilaso de la Vega*, Fayard, Paris, 2006.

<sup>7</sup> *La Florida del Inca* (1606), Madrid, Historia 16, 1986, Proemio.

Chickasaw y Natchez, son descritas en términos “incaicos”. El cautivo Juan Ortiz huye por el “camino real” como si los pantanales de la Florida estuviesen surcados por calzadas empedradas al modo de las del Perú (*Florida*, II, 6). Los caciques son “curacas”, ya que Garcilaso se resiste a utilizar el término genérico de Santo Domingo.<sup>8</sup> El cazador de cabelleras llamado Patofa es un *apu*, es decir, un personaje eminente en la sociedad incaica (*Florida*, III, 5). En vez de escribir “varias veces”, emplea expresiones típicamente quechuas, como “diez y diez veces”, o bien un estilo interrogativo propio de la lengua general del Perú, como “podría ser que estuviese cerca y podría ser que estuviese lejos” (*Florida*, III, 12-13). Las canoas que surcan el Misisipí le brindan la ocasión de abrir un inciso sobre los puentes, las balsas y los propulsores de los Incas (*Florida*, VI, 2). Como en el Perú, los indígenas del norte de América veneran a sus antepasados, y también al sol y la luna. A falta de oro, buenas son perlas, encontradas a granel en el templo de la Señora de Cofachiqui. Se podrían multiplicar los ejemplos de “peruanización” de la Florida y de transformación de esas sociedades de guerreros en pueblos de “policía”, ajenos al “pecado nefando” y la antropofagia. La transposición cultural que opera Garcilaso tiende a indicar, sin necesidad de insistir pesadamente, que esos pueblos del Norte no deberían ser sometidos porque no cometen actos contrarios al derecho natural.<sup>9</sup> El filtro incaico le permite destacar las características comunes a todos los indios del Nuevo Mundo, que escapan a los peninsulares. Allí donde los españoles sólo ven salvajes, él descubre un *ethos* colectivo. Esta percepción del nativo del Nuevo Mundo como entidad general no es banal y precede en varios siglos a la segunda declaración de Tiahuanaco (1983), que lanza el movimiento panindígena iniciado varios años antes en Bolivia. Mas explícita, la declaración de Teotihuacan (25-28 de octubre de 2000) a favor de la autodeterminación de los pueblos indígenas es extensiva a todos los nativos del “continente Abya Yala” (América, o, para Garcilaso, “Indias”). A comienzos del siglo XVII, la posición de Garcilaso es singular y una manera de subvertir la expresión hispánica corriente desde el descubrimiento de que “visto un indio, visto todos”. El Inca construye una América indígena opuesta a la visión de los cronistas españoles, porque su perspectiva es el resultado de la tensión, de las mezclas y de los puntos de contacto entre su lengua materna (el quechua), y la lengua de Castilla, la de las letras. En su autobiografía *Out of Place* (Fuera de lugar), Edward Said plantea una disyuntiva lingüística y cultural similar: escribir en inglés una historia vivida en otro idioma, el árabe.<sup>10</sup> Para el Inca y para Said, la autenticidad sólo puede resultar del conflicto, doloroso pero positivo, entre dos culturas, es decir de una forma de mestizaje más profundo que la mera fusión racial. Nada más alejado de esa urgencia existencial que las palabras del actual vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, pronunciadas el 2 de enero de 2007, exhortando a la guerra cultural para “quitar el alma a los *k'haras* (mestizos, clases medias, medias altas y empresariales) que reproducen los valores de lo occidental”.<sup>11</sup> Esta variante andina de proyectos polpotianos de funesta memoria, a pesar de ser proclamada abiertamente, no parece despertar demasiadas inquietudes en las nuevas generaciones que han olvidado la tragedia de Camboya o simplemente la ignoran.

CAUDILLOS, RÚSTICOS Y SEÑORES DE LA GUERRA. Pero volvamos a la *Florida*. En principio, el personaje principal, el “héroe” de esta narración, es el adelantado Hernando de Soto, “gobernador y capitán general del reino de la Florida”, título enfático e irrisorio como demuestra la lectura del libro. Soto es un caudillo, pero lejano, y sólo adquiere humanidad al final de su entrada, y en la adversidad. Temiendo que sus hombres exijan regresar a Cuba —Soto se ha deslizado entre las sombras de la noche para sorprender rumores de defección— y viendo que su “ejército se deshacía”, el adelantado decide con soberbia obstinación internarse hacia el norte para alejarse de la costa y de la única vía de escape que le queda. Curiosamente, aquel conquistador que logró tanta fama en el Perú y que no tembló en presencia del Inca Atahualpa, se sume en una profunda depresión:

Desde aquel día... nunca más acertó a hacer cosa que bien le estuviere, ni se cree que la pretendiese, antes, instigado por el desdén, anduvo de allí en adelante gastando el tiempo y la vida... caminando... sin orden ni concierto, como hombre aburrido de la vida, deseando se le acabara.

Claro está que ese estado de ánimo tiene consecuencias muy graves, ya que “causó que se perdiesen todos los que con él habían ido a ganar aquella tierra” (*Florida*, III, 33). En definitiva, y a pesar de su valentía, Soto es un mal caudillo, humano y vulnerable.

El subtítulo, después de mencionar el nombre de Hernando de Soto, precisa que la historia es también la *de otros heroicos caballeros españoles e indios*, que son los verdaderos protagonistas. Entre los españoles, fuera de Gonzalo Silvestre y otros caudillos que no pueden ser considerados hidalgos, los “rústicos” desempeñan un papel importante, no sólo por el ingenio y la gracia de sus actos, sino porque contribuyen a la desmitificación de la conquista. Esto puede sorprender en un autor que siempre se jactó de sus orígenes linajudos. Uno de esos rústicos es Juan Ortiz, superviviente de la expedición anterior a la Florida (al mando de Pánfilo de Narváez), que había sido esclavizado durante largos años por un cacique cruel. Las vicisitudes de ese hombre podrían servir de trama al relato, probablemente porque los lectores se identifican más fácilmente con él, que con el distante y depresivo Soto. Juan Ortiz ha convivido tanto tiempo con los indios que ya se ha vuelto como ellos, “sin nada que lo distinga”: ser indio, para Garcilaso, es vivir como tal y no el tener tez oscura o rasgos aindiados. Cuando Ortiz se topa por casualidad con un soldado de la expedición de Soto, no sabe qué decir, pues ya no puede expresarse en castellano. *In extremis* balbucea la palabra “Sevilla” y el otro lo reconoce como español. Otro personaje, Juan López Cacho, agotado por la pelea, en el momento de huir cae muerto de sueño y Silvestre lo carga en su caballo, guiándolo por las riendas. Días más tarde, apenas recuperado de sus trabajos, una helada lo deja al borde de la muerte; sus compañeros lo calientan pasándolo por una hoguera y lo atan a su montura “como se había hecho con el Cid Ruy Díaz, que salió de Valencia muerto y a caballo”. Juan Vego, otro rústico, teje esteras de cañamo, como lo solía hacerlo en su pueblo, para que los soldados aguanten el frío (*Florida*, III, 39). Los caudillos visten capas de marta, tomadas a los indios, pieles magníficas que la lluvia y el lodo convierte en estopa. Uno de los capita-

<sup>8</sup> *Florida*, II, 10: “Y pues yo soy indio del Perú y no de Santo Domingo ni sus comarcas se me permita que yo introduzca algunos vocablos de mi lenguaje en esta mi obra, porque se vea que soy natural de aquella tierra y no de otra”.

<sup>9</sup> Los actos que justificaban la intervención extranjera eran, según Vitoria, el canibalismo, la sodomía y los sacrificios humanos.

<sup>10</sup> Sigo la versión francesa, *A contre-voie. Mémoires*, trad. par Brigitte Caland et Isabelle Genet, Le Serpent à Plumes, París, 2002, pp. 18-19. Este conflicto es un desgarramiento, “une déchirure fondamentale”.

<sup>11</sup> Agradezco a Elizabeth Burgos que me haya dado a conocer el texto del discurso, difundido en [www.eforo-bolivia.org](http://www.eforo-bolivia.org).

nes se llama Gómez Suárez de Figueroa, homónimo de Garcilaso y mestizo como él —su madre era una india de Cuba—, “cuyo ánimo era tan extraño y esquivo que nunca jamás quiso recibir nada de nadie”.<sup>12</sup> El contraste entre la mezquindad del conquistador Calderón y la generosidad del cacique amigo, Mucozo, es fuerte. Mientras que al primero sólo le importa saber si los hombres, deshechos por las batallas y las marchas, han hallado oro, el segundo se preocupa por el estado físico de los hombres. La superioridad, ya sea militar o moral, no está en el campo de los españoles. Los caballos desempeñan un papel de primer plano, al igual, o más, que los que los montan, y el lector comparte el espanto de las bestias espantadas ante la corriente del Savannah y del Tennessee. Al final, cuando los supervivientes logran construir una balsa para bogar, río abajo, hasta el mar, al embarcar deben abandonar a los caballos heridos, y los lloran como si fueran sus propios hijos (*Florida*, VI, 5).

Entre los indios, ya sean amigos u hostiles, los héroes no faltan. Mucozo, el cacique magnánimo, que salvó de la muerte a Juan Ortiz, puede servir de ejemplo a los soberanos cristianos: “Que los príncipes fieles se esfuercen a le imitar y sobrepujar, si pudieren, no en la infidelidad, como lo hacen algunos indignos de tal nombre, sino en la virtud y grandezas semejantes a que por la mayor alteza de estado que tienen y están mas obligados” (*Florida*, II, 4). Alusión apenas velada para sus contemporáneos, Felipe II o Juan de Austria. Mucozo, hombre corpulento y hermoso, se expresa con “discernimiento y amor”, mientras que el guerrero Vitachuco es la encarnación del furor. Este cacique es quizás el personaje más imponente del libro, por su intransigencia y su amor a la libertad. Es también un hombre capaz de dominar los elementos naturales y utilizarlos para sus designios, un chamán cuyas maldiciones provocan el desastre final:

Unas veces enviaba a decir que cuando fuesen a su provincia, habría de hacer que la tierra se abriese y los tragase a todos. Otras veces, que había de mandar que por do caminasen los españoles se juntasen los cerros y los cogiesen en medio y los enterrasen vivos. Otras que pasando los españoles por un monte de pinos y otros árboles muy altos y gruesos que había en el camino, mandaría que corriesen tan recios y furiosos vientos que derribasen los árboles y los echasen sobre ellos y los ahogasen todos. Otras veces decía que había de mandar pasase por la cima de ellos gran multitud de aves con ponzoña en los picos y la dejasen caer sobre los españoles para que con ella se pudriesen y corrompiesen, sin remedio alguno. Otras, que les había de atosigar las aguas, hierbas, árboles y campos y aun el aire, de tal manera que ni hombre ni caballo de los cristianos pudiese escapar con la vida porque en ellos escarmentasen los que adelante tuviesen atrevimiento de ir a su tierra contra su voluntad (*Florida*, II, 21).

Las mujeres, aún siendo personajes subalternos, están presentes bajo distintas formas en el relato, ya sean las hijas de caciques o la bella “Señora” de Cofachique, “de gran discernimiento y de corazón varonil”, que entrega (con amor) a Hernando de Soto un collar de perlas, u otras, anónimas, dóciles o ariscas, como cierta dama de Córdoba, a quien Garcilaso pregunta por qué razón las leyes son siempre rigurosas con las mujeres. Esta le contesta que las leyes las hacían los hombres, “como temerosos de la ofensa, y no ellas, que si las mujeres las hubiesen de hacer de otra manera fueran ordenadas” (*Florida*, III, 34).

Para Garcilaso, mantener un equilibrio entre los españoles y los indios es una obligación contraída por su condición de mestizo. La retórica de los caciques de la Florida puede sorprender como “inauténtica”, pero es un recurso necesario “porque comúnmente son tenidos por gente simple, sin razón ni entendimiento”. La *Florida* es también un canto a la libertad, porque los indios prefieren morir a ser sometidos. Los españoles, diezmados, se ven forzados a restañarse las heridas con la grasa —el unto— de los cadáveres. “Mi mala ventura me trajo a estos desesperaderos”, exclama un veterano de las campañas de Italia (*Florida*, IV, 423).

Cuando al cabo de muchas zozobras los supervivientes logran llegar a México, las aventuras se transforman en narración, como sucede en el *Quijote*. El virrey y su corte, así como los habitantes de “esa ciudad ilustre” escuchan con fervor los distintos episodios contados por los desarraigados, suspendidos de las tribulaciones de Juan Ortiz, maravillados de la belleza y discreción de la Señora de Cofachique, aterrados por los gritos y los estruendos de la batalla de Mauvila, admirados de la furia sin límites de Vitachuco, palpitantes ante los innumerables escollos que tienen que sortear los sobrevivientes río abajo, y emocionados hasta las lágrimas por los dos entierros del adelantado Hernando de Soto. La identificación de los oyentes con los personajes y las situaciones es posible porque todos ellos escapan al estereotipo. Los caciques suelen ser justicieros y los conquistadores, usurpadores; los hidalgos tienen menos nobleza e ingenio que los rústicos, los caballos humanizan a los soldados, los elementos desencadenados por Vitachuco son quizás el castigo de Dios. “Vivir para contarla”, dice Gabriel García Márquez, y así es, no sólo en México sino en la campiña cordobesa, desde donde Gonzalo Silvestre transmite su experiencia existencial a un hombre de otra generación, intentando preservarla del olvido. Al Inca le habría gustado tener la “facunda historial” de César para poder narrar con mas talento la gesta de esos hombres: “No ha sido poca desventura la de estos caballeros que las suyas viniesen a manos de un indio, donde saldrán antes menoscabados y aniquilados que escritas como ellos pasaron y merecen”. Suma ironía de esta crónica, disimulada bajo una falsa modestia, que sirve al Inca de absolución...

La sutileza mestiza del Inca, la ambivalencia de las situaciones que relata, el rechazo de todo triunfalismo, confieren a *La Florida* una dimensión psicológica, literaria y política ausente en toda “metanarrativa” de la conquista. Texto necesario, hoy más que nunca, para todos los que rechazamos el racismo reparador de injusticias, como el que figura en el programa contra la sociedad mestiza expuesto por el vicepresidente Álvaro García Linera “para quitarle el sentido de la vida a la clase media, su sentido de la existencia, haciéndolos manipulables y sin identidad”. Los hechos pasados y presentes no pueden explicarse recurriendo al chivo emisario de circunstancia. Por eso creo que aún vale la pena romper lanzas por el Inca Garcilaso de la Vega.

<sup>12</sup> Gómez Suárez de Figueroa fue su nombre de bautismo que cambió años más tarde por Garcilaso de la Vega, adoptando el nombre de su padre (*Florida*, II, XI),